

Un museo en el paisaje...

Gerardo Estrada

Hoy es un lugar común afirmar que, para las grandes mayorías, las cosas no existen si no pasan por la televisión, pues es la que les otorga su certificado de nacimiento y autenticidad, ello pese a que paradójica-

mente lo que vemos en la televisión es la más fugaz y prescindible información que a veces podemos tener.

Sin embargo, muchos de nosotros sabemos también que hay otro mundo, otra

dimensión de la cultura en que las cosas no existen si no están en un libro. El libro que es con mucho, y a pesar de todos los cambios tecnológicos junto con la arquitectura, una de las formas de creación humana, de preservación más permanentes.

El libro que acaba de publicar el Museo Dolores Olmedo, con el mismo título y bajo su propio sello editorial, reúne tres universos fantásticos a cual más, el de la arquitectura y el paisaje que contienen el museo, la obra de los artistas que alberga: los anónimos prehispánicos, los artesanos populares, y obviamente la de Frida, Diego y Angelina Beloff, que se encuentra seguramente entre las selecciones más importantes y, por supuesto, los textos que interpretan todo este conjunto.

La fidelidad absoluta de Dolores Olmedo es producto de un deseo y de una voluntad: el deseo de Diego Rivera de preservar su obra, de hacer partícipes a otras generaciones de su quehacer y de su enorme voluntad y obstinación.

Pocas veces, seguramente en la historia del arte, se puede encontrar un ejemplo de tal lealtad artística e intelectual a un creador y a su obra como la que le profesó Dolores Olmedo a Diego y que hoy nos permite gozar y sorprendernos de tres espacios maravillosos dedicados a la obras de dos figuras que fueron determinantes para la cultura mexicana del siglo XX y que hoy comienzan a enmarcar la del siglo XXI.

El Museo Dolores Olmedo, el Museo Estudio Anahuacalli y la Casa Azul de Frida seguramente no hubieran sido terminados, ni adquirido el esplendor que hoy tienen, sin la férrea voluntad de Dolores Olmedo de concluir el Anahuacalli, de preservar la Casa Azul de Frida y de crear y desarrollar el Museo Dolores Olmedo.



Patio de los naranjos, Museo Dolores Olmedo

Todas estas tareas y obras, las de los artistas y su mecenas, así como su acuciosa conservadora merecían tener un testimonio más de esa historia y de su significado en la cultura y el arte, no sólo de México sino del mundo. Gracias a la labor de otro fiel heredero y seguidor de las voluntades de los artistas y su mecenas, como Carlos Phillips Olmedo, es que hoy podemos disfrutar de este espléndido trabajo editorial que hace justicia a estos quehaceres y que seguramente es el primer paso de los muchos que habrán de darse para preservar esta historia.

Lo primero que vale la pena destacar es el valor de la publicación en sí misma, que es una bella pieza editorial, con magníficas reproducciones, con textos interesantes y notables de un grupo selecto de especialistas que, aparte de conocimiento, dejan traslucir, contagian su pasión y admiración por el tema del que están hablando.

Ya en el prólogo Carlos Phillips nos anuncia la intención del libro, que es una apuesta al valor y un homenaje al Museo Dolores Olmedo que es también, en sus palabras, un homenaje a nuestras raíces y a nuestra cultura. Pero no sólo es eso, o en todo caso lo es, a través de reflexiones históricas, puntuales, que nos aportan datos para comprender mejor las circunstancias en que surgió este conjunto de obras, es también una reflexión crítica y analítica sobre el quehacer de los artistas y sobre el bello entorno que los cobija.

Juan Coronel Rivera nos hace un breve relato de la relación tan profunda entre Lola y Diego que engendró, si cabe decirlo, este Museo. La historia de una mutua admiración, de una gran amistad y seguramente de un gran amor en el sentido más profundo del término.

Si bien es cierto que, como señala Juan, la vida cultural en México del siglo xx estuvo marcada por la presencia absoluta del Estado y sus instituciones en la vida cultural, también es cierto que mucho le debe-

mos a algunos, pocos lamentablemente, coleccionistas privados que alimentan las colecciones públicas, y en algunos casos con una lectura rigurosa, que enriquecieron nuestro patrimonio.

De entre estos coleccionistas que ubica el periodo de 1925 a 1965, destaca el hecho de que sólo hubiera dos mujeres, María Teresa Pomar y Dolores Olmedo. Lo que distingue la tarea de Lola Olmedo es que, a diferencia del camino que siguieron otras colecciones que fueron continuadas por el Estado o por los herederos, fue Lola Olmedo la que se encargó no sólo de conservarlas y ampliarlas sino de generar los espacios y las condiciones para ello.

Se dice, no sin cierto afán quizás inconsciente de regatear méritos, que estos mismos coleccionistas no hubieran hecho lo que hicieron de no ser por el apoyo del Estado después del triunfo de la Revolución. Pero la verdad sea dicha, es que a veces, la mayoría de los casos diría yo, este ogro filantrópico no resulta tan fácil de convencer, de expresar su generosidad cuando se trata de algo tan incierto y tan poco redituable políticamente a corto plazo como son el arte y la cultura, y es ahí que la tarea de Lola adquiere ese carácter excepcional.

Graciela Romandía nos cuenta la historia de la Hacienda de la Noria, de cómo fue creándose ese espacio en un entorno natural-artificial, ese paisaje excepcional, único, de Xochimilco en donde el quehacer humano y la naturaleza se fundieron para dar lugar a lo que hoy es uno de los patrimonios culturales de la humanidad.

Es ese entorno el que escoge Lola Olmedo para edificar su proyecto, para hacer su propio mundo y en donde hizo que de las norias, los pozos de donde brota el agua, hoy brote belleza, sensibilidad y talento.

Nos habla de la minuciosa restauración que se ha hecho de la Hacienda y de los profundos vínculos que existen entre ese lugar y la comunidad que lo rodea.

Agustín Arteaga nos invita a visitar las obras de Diego ahí albergadas y lo hace como suele hacerlo, con rigor, con gusto, pero sobre todo con una gran admiración por Diego.

Al reconstruir la ruta que siguió Diego para crear todas estas obras, Arteaga subraya cuestiones muy importantes como la poderosa influencia que ejerció en la obra de Diego su estancia en Europa, lo que no fue obstáculo para que hoy lo consideremos uno de los pintores más mexicanos y que permite que su arte sea entendido en todo el mundo.

Así por ejemplo al describir su estancia en España nos dice “ver España a través de los trazos de Diego es verla con los ojos del tiempo, sin que nada se escape, registrando espíritu y esencia”, visión que después aplicaría a México al verlo con esos mismos ojos y que al contemplar el paisaje natural y humano de su país no lo mire sólo con los de la convicción política sino con los de su sensibilidad.

Estos ojos hacen posible que quizá, sólo como Frida, Diego haya contribuido a la construcción “de la identidad visual y cultural del pueblo de México” en el siglo xx.

Arteaga evidencia las contradicciones del artista: la dualidad Europa-México, clasicismo en el muralismo, arte proletario patrocinado por el capitalismo pero que se explicaría a través de su vida y de su obra, y que quizás ayuden a comprender el porqué de la profunda admiración que suscita en gente como Carlos Pellicer quien afirma:

Frente a la obra genial de Diego Rivera, se detendrá la República a contemplarse a sí misma, reconociendo, como en un espejo, la angustia de su frente, el poderío de sus manos, la admirable actitud de sus fuerzas originales.

Arteaga nos advierte de los temas fundamentales de la colección: la diversidad

Lola y Diego fueron personajes de una historia de mutua admiración, de una gran amistad y seguramente de un gran amor.



Dolores Olmedo y Diego Rivera, 1956

de sus paisajes: Europa, Rusia, México, Norteamérica. La calidad y la maestría de los retratos en donde contrariamente a lo que se pudiera pensar se expresa también de algún modo el compromiso social de Rivera que es obvio en la obra mural.

Destaca también el interés y la riqueza de la colección en dos temas constantes de Diego: los niños y las mujeres y nos confirma que esta colección es seguramente “la más nutrida y estructurada para conocer su obra”, lo que reitera lo antes afirmado por Juan Coronel Rivera, de que Lola Olmedo pertenecía a esa especie de coleccionistas que con un gusto personal le dan un sentido a sus colecciones.

Finalmente, concluye Arteaga, con una cita de Salvador Novo:

Nuestro siglo es el de Diego Rivera. En sus increíbles setenta años cabe nuestra historia, vuelta en sus manos pequeñas, raza, grito, color, pasión y dulzura... Qué orgullo haber convivido en su tiempo, haberle conocido apenas ayer, aéreo como un colibrí gigantesco y contradictorio que inyectaba colores en los muros grises hasta hacerlos florecer.

Mónica Lavín nos habla de Frida y nos habla de ella con una pasión, con una complicidad que uno podría fácilmente calificar de feminista pero que es en realidad la voz de otra artista. Arranca su reflexión con una anécdota, cuando Picasso dice a Diego frente a los cuadros de Frida en la exposición organizada por Breton en París en 1940: “Mira esos ojos, ni tú ni yo somos capaces de algo así”, y con otra más, cita a Diego: “Frida es el único ejemplo en la historia del arte de alguien que se desgarró el seno y el corazón para decir la verdad biológica de lo que sienten ellos”.

Sobre estos dos temas, Mónica con su talento literario, nos lleva por un recorrido a través de la vida de Frida y de su obra. Estoy seguro de que después de leer este texto, nuestra propia mirada hacia la obra de Frida en esta colección maravillosa será diferente.

Finalmente destaca algo que es muy importante, se pregunta si hay alguna otra figura del arte mexicano a la que llamemos por su primer nombre, Frida, porque Frida, nos dice Mónica “...es el nombre de la obra. Frida es la que en sus cuadros se trasmite amorosa y deseosa de abrazos”.

Irina Kronrod nos habla de Angelina Beloff, de su obra y de los grabados que

guarda la colección así como de la vida de esta artista de la que dice, con justa razón: fue una determinante influencia en la obra de Diego Rivera. Destaca el complicado itinerario de su vida, lo cual hace difícil la existencia de sus colecciones importantes, de sus creaciones, y destaca también el hecho de que México ocupa un papel central en ello y que es seguramente la colección del Museo Dolores Olmedo la más rica compilación de su mundo.

Sabida es la importancia de las mujeres en la vida de Diego y de las complicadas y extrañas fidelidades que provocaba y en el recuento que nos ocupa, ello se hace evidente también en el caso de Angelina Beloff.

Felipe Solís nos señala que el Museo Dolores Olmedo resguarda testimonios arqueológicos precolombinos que, en conjunción con la colección de Diego y Frida, constituyen una singular visión del arte y la cultura de nuestro país, que se destaca por su originalidad y su riqueza. Nos habla de la pasión de Diego por coleccionar piezas prehispánicas y de cómo Dolores Olmedo se contagia de este afán y que habrá de expresarse incluso en la decoración de sus casas. Se aplica en ello con el mismo gusto e interés, con la misma vehemencia con que lo hace con la obra de Diego Rivera.

Aquí también las reflexiones de Felipe Solís nos obligan a visitar nuevamente el Museo Dolores Olmedo y su colección prehispánica para verlo con renovado entusiasmo.

Finalmente, la maestra Teresa Pomar nos habla de otro tema que une a Diego y a Lola que es el del arte popular mexicano y nos señala que en este “espléndido solar, que en sí mismo constituye una construcción ecológica, se alberga una de las mejores colecciones del arte popular mexicano a la que nuevamente se nos cuenta con la pasión con la que Lola Olmedo asumía su pasión por el arte mexicano”.

Sirvan estas líneas para hacer una invitación al lector a la lectura de esta obra y a la visita a este espléndido espacio, uno de los más hermosos templos laicos del arte mexicano. **U**

Museo Dolores Olmedo, Fideicomiso Dolores Olmedo Patiño, México, 2007, 400 pp.